

«**R**especto de la política hay que comportarse como respecto del fuego: no acercarse tanto que uno se quemé; no alejarse tanto que se hiele».

Lo dijo Antístenes el Cínico hace ya más de dos mil años.

1

Pero una cosa es no acercarse uno tanto al fuego que se quemé, y otra, colocado cuidadosa y calculadamente a cómoda distancia, extender brazo mecánico o cucharones de alto horno que, impune y eficazmente, puedan sacarle del fuego no sólo castañas sino lingotes de oro.

Son la clase social de los «aprovechados» y «vividores»: de los cínicos, y ahora esta palabra recobra su corriente sentido.

Los antiguos creyeron que el sol ardía sin consumirse. Y eso de «antiguos» comprende por igual a pueblos y sabios hasta Galileo —fuera de rarísimas e ineficaces excepciones.

Los hebreos dejaron al sol en paz —fuera de Josué, quien, dícese, lo paró por unas horas, y así pudo acuchillar a su sabor a desgraciados enemigos— de dioses inexistentes o sordos o impotentes. Pero tuvieron los hebreos su zarza ardiendo.

te. Moisés se admiró de que ardiera sin consumirse; mas no hizo negocitos con ella. Dios guardó para sí el secreto de hacer zarzas ardientes que no se consumen y se encargó personalmente de mantener a raya a curiosos y aprovechados.

II

El fuego lo encienden los hombres, y han inventado a lo largo de los siglos procedimientos variados y potentes para hacer fogatas cada vez mayores con materiales inverosímiles ¡Nadie dijera el calor, luz, poder, dinero... que dan religión, arte, técnica, ciencia... cuando se las pone a arder con política!

Que arda una zarza no es cosa de admirar. Probablemente fue el material primero que ardió, o por rayos del cielo o por industria humana. Zarza es material naturalmente combustible.

Que el sol arda, y que allá en su centro la temperatura se eleve a unos doscientos millones de grados, y que ardan precisamente átomos de hidrógeno, es cosa sabida ya por nuestros bahilleres. Que el sol esté ardiendo desde hace tres mil millones de años y le queden unos cuarenta y siete mil millones antes de consumirse su previsión de combustible atómico lo calculan sabios cosmólogos como Gamov, y no nos ha en falta tantos miles de millones de años para afirmar los que duramos a grandes penas un siglo, que el sol arde sin consumirse, y, por supuesto, que arde sin que nosotros lo hayamos encendido.

Estrellitas o soles en pequeño son nuestras bombas atómicas, y de ellas vale la mitad del consejo de Antístenes: no acercárseles si no quiere uo quemarse; alejarse tanto que no nos llegue ni su calor molecular ni su calor radiante.

Pero en definitiva: son materiales naturalmente combustibles zarza y átomo.

Pero ¿quién dijera que religión, arte, ciencia, técnica son combustibles que arden con el fosforito de política? Más de un inocente pensaría, creyendo saber *qué es* religión, arte, ciencia, técnica... o filosofía, que son tan incombustibles o más que asbesto y amianto; y que filosofía, teología, arte, ciencia...

sirven para apagar incendios, o, al menos, para no quemarse con los ajenos.

El hombre no está hecho tan sólo de protones, electrones..., carbono, oxígeno, hidrógeno, nitrógeno..., células..., memoria, entendimiento, voluntad sino de religión, arte, ciencia, filosofía, técnica. *Todo* ello materiales o «espirituales» inflamables.

¿Quién o qué nos impele a acercarnos a política, con toda esa carga tan propinqua mente explosiva?

Nos escandalizamos, un poco convencionalmente, de que un bonzo se rocíe de gasolina, la prenda con un fósforo, y resulte suicida o mártir —siempre tea ardiente, nunca zarza mosaica.

Pero nos rociamos de religión, filosofía, teología, ciencia, técnica; las encendemos ya por obligación de conciencia —para no ser epicenos, dicen— con el fósforo de política, y creemos ser teas ardientes: mártires siempre —jamás suicidas.

Antístenes el Cínico se nos riera, entre compasivo y burión. Lo que habría de servirnos para dar calor al alma, luz a l mente y decoro a la vida lo transformamos, ¡oh sabios de tantos siglos!, en combustible; y, más imbéciles que cigarras y mariposas, nos vamos directos al fósforo general que es la política, y a esos focos especiales y reconcentrados que son los partidos políticos —y, por si no hubiera pocos, fundamos más. Todo ello o para atraer a cigarras y mariposas de arte, religión, técnica, filosofía... o para que ella, encandiladas —en urgentes e inagua itables ganas de luz y calor, de fama y poder—, vengan por sus pasos contados a quemarse.

Verdad, Belleza, Bondad no hacen mártires —ellas de por sí. Dicen los clásicos medievales, en forma más expresa que los griegos, que las tres son atributos trascendentales del ser, y el ser es lo menos suicida que puede haber —o como solemn, por inspiradamente, cantó Parménides: «Del ser es propio ser; del ser no es propio no ser».

Que algunos hayan muerto por amor a la Verdad sucede porque o la convierten ellos o se la hacen convertir otros en *testimonio*; es decir hacen ellos de la verdad espontáneamente o forzadamente asunto público, de política activa o pasiva.

Dar testimonio de la verdad, de alguna verdad, le so-

breviene a la verdad —religiosa, artística, científica...— por la política —activa o pasiva. De la verdad no se da *testimonio*; de la verdad se dan *mostraciones* o *demostraciones*; mostraciones cual las evidentes que de sí regala el sol; demostraciones, cual las del teorema de Pitágoras, de Hermite o Lindemann.

Triste homenaje a Verdad, Belleza, Bondad es eso de que un viviente tenga que morir por ellas, o matar a un viviente por ellas. De tal triste homenaje se ha hecho virtud —según las grises normas «hacer de la necesidad virtud» y «sacar de los males bienes».

Mas tristísimo y vergonzoso homenaje rinden a Verdad, Belleza y Bondad los aprovechados; y no hay procedimiento que más desprestigie a Verdad, Belleza y Bondad que el balance periódico o continuo de sus beneficios públicos, la cuenta de «qué se saca» o «podemos sacar de» ellas, y, en definitiva, «qué he sacado yo de ella».

III

No en vano corren los siglos, y van algunos desde Antístenes. Su sentencia lo es de aprovechado, discreto y modoso, según la norma griega «lo mejor es el término medio»: «ni acercarse tanto a la política que uno se quemase ni alejarse tanto que se hiele».

Tal vez, dando una mirada a nuestro mundo, fuera sabio consejo, sabio y urgente, el de: «ni mártires ni aprovechados». Y puesto que somos herederos, remotos ya y un poco olvidadizos, del Evangelio, hagamos violenta memoria de las palabras de Cristo: «Buscad primero el Reino de Dios y su Justicia, y las demás cosas se os darán por añadidura». «Se os darán» —no las busquéis ni las arrebatéis.